

# Las obras y la palabra de Dios - Salmo 19

---

## El lienzo y el libro

Pintar un cuadro. Escribir un libro. Componer música. Tallar una escultura. Dar forma a una vasija de barro en una rueda de alfarero. Diseñar un puente. Programar un videojuego. Desarrollar una nueva medicina. Son ejercicios que requieren paciencia y, sobre todo, inteligencia. Inteligencia para soñar con el proyecto, para hacer el diseño, y para elaborar el producto final. Inteligencia y también fuerza manual para plasmar en un material algo que antes sólo existía en la mente. Tomás Edison, inventor de la bombilla incandescente, decía que la tecnología depende en un 1% de la inspiración creadora y en un 99% del empeño obsesivo. Inventar no se trata sólo de tener la idea; hay que sudarse la camiseta probando todas las maneras posibles de llevarla a cabo.

Si fuéramos a una galería para contemplar grandes obras de arte, podríamos hacerlo como un niño: viendo el colorido del cuadro, decidiendo si gusta o no, y luego corriendo detrás del compañero a la exposición siguiente. Un auténtico conocedor de la materia, sin embargo, se acerca al lienzo con otra mentalidad. Se pone delante, se queda viendo, y se maravilla del ingenio del pintor. Capta las sutilezas, discierne los matices, sabe apreciar el trabajo que supone recoger en óleo cincuenta tonos distintos de un mismo color. Analiza la perspectiva y se informa sobre las circunstancias que han dado lugar a la creación artística.

Hay un personaje de la Biblia que sabía valorar el arte. El rey David, que vivía mil años antes de Jesucristo, fue en su juventud un humilde pastor de ovejas. Cuidando el rebaño de su padre, David tuvo mucho tiempo para contemplar el gran lienzo de la naturaleza. Andaba delante de las ovejas de día y dormía con ellas de noche. Las cuidaba en verano e invierno, cuando hacía frío y cuando hacía calor. Las llevaba a buenos pastos y las protegía de las fieras del campo. Pasó largas temporadas a solas viendo el cielo, los bosques, las montañas, los arroyos, la hierba y las flores. Tocaba su “guitarra” (una lira, seguramente) y componía letras para pasar el rato. Viendo la naturaleza a su alrededor, David también meditaba en lo que había aprendido escuchando a sus padres en casa. Le habían enseñado las Escrituras, la palabra de Dios: David se refiere a sí mismo como “*hijo de tu sierva*”, en alusión al carácter espiritual de su madre (**Sal 86:16**). Mientras pasea por el campo, David empieza a juntar hilos y sacar conclusiones acerca de la manera en que Dios nos habla. Se comunica con nosotros en un sentido general a través de la creación. También nos habla de una manera más concreta a través de su palabra escrita. Dando vueltas a estas cosas, David descubre respuestas para sus dudas.

La incertidumbre, la duda. Es una espina que se clava a veces en nuestro corazón. ¿Existe Dios? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo distinguir entre el bien y el mal? ¿Qué está bien? ¿Qué está mal? ¿Quién lo dice? ¿Hay una sola verdad? ¿Cómo conocerla? ¿Cómo saber que mi fe no es un conjunto de nociones que me han inculcado en familia, o una película que he montado en mi propia cabeza? ¿Hay algo cierto, seguro, alguna información en que realmente pueda confiar, para labrar toda una vida sin equivocarme?

La reflexión de David en el Salmo 19 ofrece respuestas a la incertidumbre.

## El hecho de Dios

(Sal 19:1) *“Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos.”*

Si fuéramos a dar un paseo en el bosque y nos encontráramos de repente con una huerta exuberante, sabríamos que esas hileras de lechugas, pepinos, y tomates no se habían plantado por sí solas. Hay una gran diferencia entre matorrales silvestres que crecen libremente en el campo y verduras que han sido cuidadosamente plantadas en línea recta y luego abonadas, podadas, regadas y tal vez rociadas de insecticida. En una huerta se aprecia orden y designio, como fruto de la solicitud de un hortelano.

Si saliéramos al campo después de una tormenta de nieve y observáramos una serie de pisadas, sabríamos que alguien había pasado por allí. Sabríamos distinguir entre las huellas de un conejo y las de un hombre. Si las huellas fueran de hombre, sabríamos si andaba descalzo o con botas. Por el número de calzado que gastaba, podríamos adivinar si fuera hombre o mujer. De la misma manera, David afirma que *“los cielos cuentan la gloria de Dios”*. Lo que hay arriba en los cielos y lo que el firmamento cubre aquí abajo en la tierra y el mar, toda la naturaleza habla de un Dios que verdaderamente está allí. Como huellas en la nieve, se ve por todas partes indicios de un agente personal. Como la huerta en el bosque, se declara que hay una inteligencia superior.

Cuando se produce un atentado terrorista, el resultado es el caos: hierros retorcidos, cristales hechos pedazos, edificios derrumbados, cuerpos humanos destrozados. Una explosión sólo genera desorden; si hiciéramos estallar un artefacto en una imprenta, de esa explosión jamás saldría una edición hermosamente encuadernada de una enciclopedia completa. Si se reventara una olla a presión en una cocina industrial, jamás saldría un plato exquisito apto para convencer al jurado del programa de televisión Masterchef. Aunque dejáramos pasar un millón de años, un banquete de boda jamás sería fruto de una explosión en la cocina. La explosión sólo desemboca en el desorden. Si el universo hubiera comenzado con una explosión primitiva (“Big Bang”), sólo habría caos y muerte. Donde hay orden, designio y previsión, tiene que haber una inteligencia detrás. Cuando contemplamos un reloj perfectamente montado, sabemos que en algún lugar hay un relojero. Un reloj no se ensambla por sí solo. Y aunque metiéramos los engranajes, la correa, el cristal, y las manecillas en una lavadora y le diéramos un millón de vueltas durante un millón de años, nunca se armaría un reloj. Hasta un niño sabe esto. El joven David, cuidando las ovejas de su padre, se detiene cada día ante las maravillas de la naturaleza que le rodean día y noche en el campo, y su alma se eleva al Diseñador de todo.

Es posible contemplar la naturaleza y sacar otras conclusiones: que todo surgió de la nada por sí solo, que la vida empezó como una invasión desde el espacio, que la complejísima molécula de ADN se generó al azar, que la vida animal evolucionó durante millones de años –pasando de criaturas unicelulares a mamíferos avanzados–, que la conciencia humana es fruto del desarrollo de algunos primates de Africa. Aplicando la estricta racionalidad, sin embargo, uno se da cuenta de que hay ciertos procesos que siempre se observan, en todos los lugares y en todos los tiempos. Cada efecto requiere una causa. Donde hay diseño, hace falta un diseñador. Donde se aprecia una conciencia moral, eso anuncia la existencia de un criterio superior de bien y de mal. El argumento del diseño parece razonable porque lo es. Responde a los criterios más elementales de la lógica. Si vemos el dibujo de un niño, sabemos perfectamente que aquella pintura infantil nunca podría surgir por casualidad, como metiendo pinturas y folios en una caja y moviéndola durante millones de años. Donde hay diseño, tiene que haber un diseñador.

En cambio, si contemplamos un cuadro de un gran pintor, reconocemos inmediatamente que hay un grado de destreza que va mucho más allá de las capacidades de un niño. De la misma manera, cuando observamos ejemplares como la esponja marina llamada “Canasta de flores de Venus”, apreciamos una complejidad y un diseño mil veces más desarrollado que una obra de Velázquez. Una mente superior tiene que estar detrás de tanta perfección.

La teoría darwiniana plantea la selección natural como motor único y suficiente para explicar el desarrollo de la vida. Aparece la materia (no se sabe cómo), de la materia aparece la vida (no se sabe cómo), y luego la vida se organiza para avanzar desde la sencillez a la complejidad. Partiendo de unas moléculas de ADN, el evolucionismo plantea una multitud de mutaciones (pequeños cambios a nivel cromosomal), sobre la cual opera el principio de la selección natural, y todo ello durante larguísimos períodos de tiempo.

Los fallos del modelo evolucionista son importantes: 1) las mutaciones casi siempre son destructivas, 2) para progresar de una etapa a otra, la selección natural tendría que operar sobre miles de mutaciones, todas positivas y todas favorecedoras a la supervivencia de cada organismo nuevo, 3) y el postulado de larguísimos períodos de tiempo no aumenta la probabilidad de que esto haya ocurrido, sino todo lo contrario. Hace más improbable –de hecho imposible– que se haya conservado un número suficiente de mutaciones positivas como para generar especies totalmente nuevas<sup>1</sup>. Por toda la creación se aprecian ejemplos de una complejidad irreductible, donde todas las partes tendrían que aparecer al mismo tiempo para que el organismo sobreviva<sup>2</sup>.

Un ejemplo de complejidad irreductible es la flor conocida como “la pipa del holandés”. Su colorido parece perfectamente diseñado para atraer abejorros, atraparlos hasta cubrirlos de polen, y luego enviarlos a fecundar otra pipa del holandés. Si las flores y los abejorros evolucionaran por líneas separadas (un linaje vegetal y otro linaje insectil), las mutaciones positivas (miles de ellas) tendrían que darse simultáneamente a cada paso para que flor e insecto llegaran a ese punto de perfecta colaboración que hoy en día se observa. Sólo una fe ciega en el poder aleatorio de la selección natural permitiría llegar a esa conclusión.

Otro ejemplo es la colaboración que se aprecia entre el pájaro africano “guía de la miel” y el tejón mielero. El pájaro tiene un olfato extraordinario para encontrar colmenas salvajes de abejas dentro del tronco de los árboles, pero su pico no tiene la fuerza necesaria para romper la corteza del árbol. Ese trabajo lo lleva a cabo el tejón, que colabora perfectamente con el pájaro: el pájaro localiza la colmena y guía al tejón hacia ella con su canto, y después el tejón rompe la madera para extraer el panal con miel. La dureza de su piel le protege de las picaduras de las abejas. Después de sacar el panal, deja una porción aparte para el pájaro, que se alimenta de las larvas incrustadas en ella. No hay manera de explicar cómo podrían haber evolucionado estas dos especies tan diferentes, impulsadas únicamente por la fuerza ciega de la selección natural. Donde se aprecia un diseño –la colaboración perfecta entre el pájaro guía y el tejón– tiene que haber un diseñador.

La ciencia está para aclarar los misterios. Donde faltan datos en el conocimiento de los orígenes, los científicos hacen bien en seguir investigando. Lo que no pueden hacer, sin embargo, es descartar la posibilidad de Dios antes de observar los hechos. Un criterio honesto – verdaderamente imparcial– debe admitir todas las posibilidades. Sobre todo, cuando toda la naturaleza que nos rodea lleva las marcas de un diseño inteligente<sup>3</sup>.

## Dios tiene un mensaje

*(Sal 19:2-4) “Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría. No hay lenguaje, ni palabras, ni es oída su voz. Por toda la tierra salió su voz, y hasta el extremo del mundo sus palabras. En ellos puso tabernáculo para el sol.”*

David afirma que la creación transmite un mensaje constante, día y noche. No se trata de una comunicación audible; los sordos no están en desventaja. Tampoco es una alocución en una lengua concreta; por ello la pueden entender los que no saben idiomas, incluso los analfabetos. A pesar de no ser audible, es un mensaje concreto, definido, específico, y que se emite en todo el mundo. Por ello el salmista insiste que *“por toda la tierra salió su voz”*.

El apóstol Pablo desarrolla este pensamiento cuando dice que *“las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa” (Ro 1:20)*. La naturaleza testifica que hay un Dios, y además que es cierto tipo de Dios: sabio, poderoso, y eterno. Sabio porque ha trazado el diseño, poderoso porque ha ejecutado el plan que tenía en mente, y eterno porque tenía que estar allí antes de poner en marcha el mundo material.

Las leyes físicas que rigen el mundo material son las mismas en todos los lugares de la tierra; por ello, las matemáticas, la física y la química responden a un mismo patrón. Un libro de texto de ciencias exactas sirve en Tokio o en Tombuctú, en Moscú o en Madagascar. Dos y dos son cuatro en todo el mundo. Un tratamiento contra el paludismo puede ser desarrollado en Europa y distribuido en la India, porque la medicina responde a las leyes de la química molecular. Un microchip fabricado en Shangai hará funcionar un ordenador en Chicago, porque las leyes de la física son las mismas en todos lados. Esta uniformidad de leyes que rigen las matemáticas y la física sugiere que hay una sola verdad, una Verdad, detrás de todo lo que vemos. Esto significa que el mensaje bíblico no responde a las preferencias particulares de personas devotas que simplemente eligen dar importancia a la fe, sino que responde a una Verdad verdadera que engloba y explica todo lo que tenemos a nuestro alrededor.

El amplio consenso universal acerca de los derechos humanos sugiere que la verdad única también abarca valores éticos. El año pasado salió la noticia de una niña china atropellada por un camión y luego otro coche. Ningún transeúnte hizo nada para ayudarla, y todo el mundo se quedó escandalizado. ¿Por qué? Porque existe un consenso moral mínimo y universal, que responde a un criterio que todos los seres humanos compartimos. Nos parece mal el genocidio, la tortura, la esclavitud, el abuso de los débiles, el canibalismo, la mutilación. Casi todos los países de la ONU han firmado convenios contra estas prácticas. Sólo las dictaduras que se mantienen por la fuerza de las armas discrepan.

Si hay una sola verdad, luego también habrá un solo Dios.

## Su mensaje es para todo el mundo

*(Sal 19:5-6) “Y éste, como esposo que sale de su tálamo, se alegra cual gigante para correr el camino. De un extremo de los cielos es su salida, y su curso hasta el término de ellos; y nada hay que se esconda de su calor.”*

El salmista se centra en uno de los detalles de la creación: el fenómeno del sol. Tres aspectos llaman la atención: 1) el sol es único, sólo hay una lumbrera (detalle que sugiere un solo Dios, no millones de dioses), 2) el sol recorre su camino de un extremo del cielo al otro (dando testimonio a todo el mundo), y 3) el sol traza la misma ruta todos los días (luego es un mandado, no un dios en sí).

El sol testimonia de la existencia de un Dios sabio, poderoso y eterno. Todo el mundo recibe ese mensaje, y hasta los ciegos lo perciben: *“nada hay que se esconda de su calor”*. El testimonio constante y universal de un Dios sabio, poderoso y eterno da suficientes muestras para que las personas busquen más información. Si hay una verdad, habrá que conocerla. Si existe un Dios, habrá que buscarle. Jesucristo promete que todo aquel que busca a Dios con sinceridad, indefectiblemente lo va a encontrar: *“el que busca, halla”* (**Mt 7:8**).

David sugiere otra dimensión del testimonio de la creación. Dos veces asocia el sol con la alegría: la alegría de un esposo después de la noche de bodas y la alegría de un atleta a punto de lanzarse a una carrera de cien metros lisos. El sol anuncia un Dios que da alegría a los seres humanos, un Dios bueno que también provee para su creación: *“No se dejó a sí mismo sin testimonio, haciendo bien, dándonos lluvias del cielo y tiempos fructíferos, llenando de sustento y de alegría nuestros corazones”* (**Hch 14:17**).

En otro lugar de la Biblia, Jesucristo se compara con el sol que aporta vida a la tierra (**Mal 4:2**). Cristo también se compara con la luna, un testigo fiel en el cielo (**Sal 89:37**). Estas comparaciones con el sol y la luna, la lumbrera mayor que rige el día y la lumbrera menor que preside la noche, sugiere que el Señor ha ordenado todos los aspectos de la creación material para atraer los corazones hacia Jesucristo. No sólo da testimonio de sí mismo – sabiduría, poder, eternidad, bondad– sino también anuncia facetas de la persona y la obra del Redentor que se anuncia desde el huerto de Edén (**Gn 3:15**).

En la Biblia hay muchos textos que comparan a Jesucristo con distintos elementos de la creación: el sol, la luna, la luz, la lluvia, el árbol, el cordero, el león, el gusano, el grano de trigo, la vid. El creyente tiene dos opciones: o Dios aprovechó estas cosas ya hechas para ilustrar verdades acerca del Hijo de Dios, como por una ocurrencia tardía, o más bien lo creó todo con la finalidad expresa de comunicar detalles acerca de la persona y la obra del Redentor.

Hay fenómenos naturales también hostiles: truenos y rayos, tempestades y terremotos, sequías en un lugar y tormentas tropicales en otro. Hace demasiado calor en el desierto y demasiado frío en los polos. Si la naturaleza transmite un mensaje, estas cosas sugieren un mensaje pesimista: algo no anda bien. Si hay un Dios, ¿estará enfadado? Si está enfadado, ¿qué hacer para que su ira se aplaque?

El mensaje del mundo material es contundente pero incompleto. Hace falta más información, sobre todo para saber si el Dios diseñador del universo se interesa por las personas a nivel particular. Si Dios es bueno, ¿lo será para mí, en mi situación? Si hay algo que provoca la ira de Dios, ¿habrá algo provocador en mí? ¿Qué hay que hacer para que Dios –el Dios que seguramente está detrás de todo esto– se preocupe por mí? ¿Cómo asegurar un destino eterno, algo en el más allá después de la muerte?

## Dios también tiene un mensaje personal para ti

*(Sal 19:7-10) “La ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbra los ojos. El*

*temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos. Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal.”*

La naturaleza transmite un mensaje: Dios está allí, grande, poderoso, sabio. No obstante necesitamos más información, y por ello David pasa a redactar una segunda estrofa de esta canción que es el Salmo 19, elogiando la palabra de Dios escrita. David había aprendido la Biblia en su casa y, como a todos los jóvenes hebreos, le habían inculcado la importancia de leer y meditar en el libro sagrado. La Biblia es como un whatsapp que no se puede borrar. Es un mensaje instantáneo, adaptado a tu situación, de un amigo de verdad que tienes en el cielo y que se preocupa por ti. Pero no es un mensaje que pudiera desaparecer mañana.

Lo más importante es que la Biblia aclara los datos que faltan del mensaje de la naturaleza. Aclara cómo puedes estar seguro de una relación personal y permanente con un Dios que realmente está allí. Fijémonos en varios detalles:

- Es un mensaje de un Dios bueno, que quiere lo mejor para ti: David repite una y otra vez el nombre personal de Dios: Yahvé/Jehová. *“La ley de Jehová... el testimonio de Jehová... los mandamientos de Jehová... el precepto de Jehová...”*. El nombre de Dios significa *“yo soy”*, y resalta el hecho de que Dios –cuando llegas a conocerle de verdad– seguirá siempre a tu lado para cumplir todos los buenos propósitos que tiene para tu vida (**Sal 138:8**) (**Jer 29:11**). La Biblia es como una carta de amor. Merece que le prestemos atención, empapándonos de todo lo que el Señor nos quiere decir.
- Es un mensaje escrito y compacto: David habla de *“la ley de Jehová”*. Está pensando principalmente en el Pentateuco, los primeros cinco libros del Antiguo Testamento, como un conjunto unificado. Tienen un mismo autor: Moisés con el Espíritu de Dios que guió su pluma para que escribiera exactamente lo que Dios quiso. Luego se añadieron más libros, hasta formar el conjunto de los 66 libros que hoy tenemos en nuestra Biblia. Ser libro significa que el mensaje no cambia: no se pierde, no se borra, no se olvida. La carta de amor del cielo sigue allí, esperando ser leída.
- Es un mensaje variado: David lo llama *“ley”* porque responde a una avería en la condición humana; hay algo en nosotros que debe ser cambiado. Lo llama *“testimonio”* porque describe las cosas como realmente son: en esta vida presente y en la vida del más allá. Dice *“mandamientos”* porque la Biblia aporta consejos sólidos para todas las situaciones de la vida. Habla de *“precepto”* porque hay rituales que exhiben verdades maravillosas acerca de Jesucristo. Se refiere a la Biblia cuando dice *“el temor de Jehová”*, porque las Escrituras producen en nosotros la sana reverencia hacia Dios, para que le tengamos en cuenta en todas nuestras actividades. La frase *“los juicios de Jehová”* describe los relatos bíblicos donde Dios interviene decididamente en la historia, para que aprendamos a distinguir entre el bien y el mal.
- Es un mensaje que produce efectos: leer la Biblia es muy diferente a leer una revista o una novela. Conecta con el corazón de una manera realmente sorprendente, y David apunta todas las maneras en que el libro de Dios infunde salud al ánimo. Dice que *“convierte el corazón”*, es decir, nos hace volver a la cordura cuando nos despistamos. La Biblia nos hace sabios (*“hace sabio al sencillo”*), nos da alegría (*“alegran el corazón”*), y nos aporta una nuestra visión correcta de las cosas (*“alumbra los ojos”*). Todo esto lo hace de manera duradera (*“permanece para siempre”*).

- Es un mensaje que se puede comprender: cuando el joven pastor de ovejas dice *“deseables son más que el oro, dulces más que la miel”*, no está hablando del libro en sí como objeto, sino de su contenido. Es comprensible. La persona más sencilla puede captar su mensaje. No hay que ser doctor de teología para sacar provecho del mensaje de la carta de amor del Señor.

## Por tanto, deja que te hable

**(Sal 19:11-14)** *“Tu siervo es además amonestado con ellos; en guardarlos hay grande galardón. ¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos. Preserva también a tu siervo de las soberbias; que no se enseñoreen de mí; entonces seré íntegro, y estaré limpio de gran rebelión. Sean gratos los dichos de mi boca y la meditación de mi corazón delante de ti, oh Jehová, roca mía, y redentor mío.”*

Cuando David concluye su canción diciendo *“tu siervo es además amonestado con ellos”*, quiere decir que la respuesta adecuada al mensaje del lienzo de la creación (“Dios está allí”) y al mensaje del libro (“puedes conocerle a través de Jesucristo”) es dejar que Dios te hable. Escuchar. Prestar atención. Ponerte los cascos de la Biblia. Abrir los oídos y el corazón a la voz de Dios en la Biblia. Esto será bueno, muy bueno: *“en guardarlos hay grande galardón”*. *“Guardarlos”* significa atesorar lo que la Biblia dice: leer, meditar, recordar. También significa *“poner en práctica”*. Dios nos habla para que rectifiquemos nuestra conducta, para que hagamos algo diferente.

Nos acercamos a la Biblia diciendo *“¿qué me está diciendo Dios a mí?”*. A mí en mi situación, con mis virtudes y defectos, con mis altibajos anímicos, en el contexto de la familia que me ha tocado. Porque algo en nosotros tiene que ser cambiado. Dios es diferente a la psicología moderna. La psicología dice *“déjate de complejos de culpabilidad, eres maravilloso”*. Dios dice *“eres amado, muy amado. Pero hay cosas en tu vida que tienen que cambiar. Ven a mí y yo te las cambiaré.”*

Las cosas que deben cambiar son de dos órdenes. Hay errores, deslices, meteduras de pata. Obramos mal, por ignorancia o torpeza. David dice, *“¿Quién podrá entender sus propios errores? Líbrame de los que me son ocultos”*. Pero también hay ocasiones cuando sabemos perfectamente lo que está bien y lo que está mal, y optamos por hacer lo que no debemos, perfectamente conscientes de ello. Esta clase de errores se llaman *“soberbias”*. David dice, *“Preserva también a tu siervo de las soberbias”*. Dios nos tiene que ayudar en esto también. El puede dar fuerzas para decir *“no”* a las cosas que no están bien, sabiendo que el *“no”* tiene fundamentos. El *“no”* significa que aquello nos hará daño a la larga. Nos complicará la vida. Nos dará un sinfín de problemas.

El salmo termina con una petición a Dios (**Sal 19:14**). David sabe que el Señor no consiente la hipocresía. No le sirve la pantomima, el paripé religioso. No vale aparentar una gran fe cuando no sientes nada en el corazón. Pero ¿qué hacer si no sientes nada en el corazón? Pedir ayuda al Señor, no para crear fantasías, sino para que todo lo que queda manifiesto en la naturaleza y en la Biblia prenda fuego en tu interior. Por eso este cantautor inspirado por Dios termina diciendo, *“Señor pon orden en mi corazón: haz que mis palabras y mis sentimientos surjan de un corazón leal a ti”*. Dios puede ayudar. El quiere ayudar. Escucha a Dios, confía en Dios, porque tenemos la prueba en Jesucristo de que él es nuestra roca y nuestro redentor.

Dios te habla en el lienzo y el libro a fin de darte una liberación.

<sup>1</sup> Al contrario de lo que piensa el gran público, la teoría darwinista no se edifica en absoluto sobre evidencias sólidas. La manipulación constante de los datos científicos responde a un compromiso previo de dejar fuera a Dios. Ver Proceso a Darwin, Phillip E. Johnson, Editorial Portavoz.

<sup>2</sup> Michael Behe ha desarrollado este concepto de complejidad irreductible. Una ratonera sirve de ejemplo: si no están todas las piezas (base de madera, muelle, gatillo, barra retenedora), el aparato no puede funcionar. Es inconcebible que las piezas evolucionaran por separadas, porque no habría ninguna ventaja en los pasos intermedios que favoreciera la supervivencia del aparato/organismo. Si no están todas las piezas a la vez, la ratonera no funciona. Hay muchos ejemplos de esto en la naturaleza. Ver Behe, La caja negra de Darwin, Barcelona, Editorial Andrés Bello, 2000.

<sup>3</sup> Richard Dawkins, elocuente apologista del ateísmo, reconoce que la naturaleza parece diseñada. Aunque admite que la mera casualidad no es suficiente para explicar el orden que nos rodea, plantea la selección natural como único y suficiente principio organizador. Al descartar de antemano la posibilidad de un Dios creador, Dawkins atribuye el origen de las especies a la fuerza impersonal y aleatoria de la selección natural, o sea, la casualidad con otro nombre. Ver Dawkins, El espejismo de Dios, Madrid, Booket Logista, 2009.